

DIA DEL MAESTRO

Quiero agradecerles el honor que me han hecho al pedirme que les diga unas palabras en la celebración del Día del Maestro. Ante todo, debo aclararles que estoy mucho más nervioso que otras veces en las que he dado conferencias, incluso en lugares remotos. Aquí, en esta sala, delante de ustedes, siento que vuelvo a tener trece, catorce, quince años, y que tengo que dar un examen ante la implacable mirada de un Alberto Salas, un Isaías Lerner, un Rafael Flax, una Corina Corchón, mis queridos maestros de hace tanto tiempo. Trataré de tranquilizarme un poco.

Voy a hablarles de un tema que me interesa desde aquellos años: la lectura.

En el penúltimo capítulo de *Eugene Onegin*, la novela de Pushkin, la enamorada Tatiana visita la casa de campo del héroe, ausente después de su fatal duelo con Lensky. Tatiana recorre la biblioteca de su amado y, llorando a cántaros, hojea sus libros en busca de "la verdadera personalidad" de ese hombre al parecer tan frío e insensible. En las notas al margen de los libros, en cierta palabra críptica, en una cruz o un punto de interrogación, Tatiana cree descubrir la escurridiza imagen del verdadero Onegin, de Onegin en sus lecturas. Porque Tatiana sabe que, para cada lector, su biblioteca es una suerte de autobiografía.

Cada lector se refleja en sus lecturas en dos sentidos. Primero, porque la elección de los títulos y el orden el que se encuentran revelan la lógica y estética del lector; segundo, porque las páginas obviamente leídas, marcadas de señales y de observaciones, apuntan pasajes en los que ese lector ha sentido su propia voz, sus propias alegrías y temores, descu-

biertos y puestos en palabras. Una biblioteca (es decir, los libros que la componen) no es meramente un almacén o un depósito de volúmenes: es una criatura viva, cambiante, poderosa, nacida para dar sentido al mundo.

Darwin nos ha enseñado que cada ser vive en el mundo según sus capacidades de reconocimiento y adaptación. El ser humano, a diferencia de otros, es consciente de vivir en ese mundo y, para mejor recorrerlo, conocerlo y sobrevivir a sus peligros, ha desarrollado la capacidad de imaginarlo, de reconstruirlo, para sufrir sus experiencias en la mente antes de sufrirlas en carne propia. Leemos el libro del mundo como si cada uno de sus elementos nos contase una historia, y fabricamos cuentos para saber cómo es el amor, la muerte, el bienestar, la desdicha, en muchos casos aún antes de que ocurran. Un lector de *Moby Dick* o de *El Castillo* sabe que no toda búsqueda debe alcanzar su meta para triunfar; un lector de *Germinal* o de *Don Quijote* entiende que un desenlace trágico no merece una empresa justa; un lector de la *Iliada* o de *Soldados de Salamina* entiende que la suerte del enemigo y la suya propia pueden (quizás deben) confundirse. Sin las fáciles soluciones de un catequismo o de un dogma, la lectura literaria nos ayuda a conocer el mundo.

Curiosamente, desconfiamos de tal enseñanza y preferimos creer en la realidad de símbolos sin contenido. Los números que recorren, como en el sueño de un matemático hechizado, los tableros de la bolsa de comercio y de las agencias financieras --números que se suponen ser la encarnación de colosales sumas de dinero nunca vistas ni manipuladas-- tienen mayor peso y fuerza en nuestra imaginación colectiva que las personas y hazañas concretamente simbólicas, arraigadas en ancestrales conocimientos e intuiciones, como la figura del viajero que es Ulises y la eterna Guerra de Troya. Recientes estadísticas han revelado que los jóve-

nes de hoy reconocen unos diez mil nombres de productos comerciales, mientras que los vocabularios mitológicos, literarios y artísticos les son casi por entero desconocidos. Las grandes maquinarias económicas y financieras que rigen nuestras sociedades prefieren enseñar esos vocabularios de propaganda comercial, y hacernos olvidar los otros, inquietantes y profundos, que podrían llevar a la reflexión y al rechazo de valores mercantiles. La sociedad de consumo no tolera lectores, verdaderos lectores: quiere solamente biblio-diletantes, personas a quienes se ha logrado convencer de que no son lo suficientemente inteligentes para leer literatura llamada seria.

Obviamente no es así. Por eso creo que la función de los maestros (en este día en que los celebramos) es por sobre todo la de afirmar en los jóvenes la fe en su propia inteligencia. Todos somos capaces de ser lectores, en el sentido más vasto de la palabra. Todos somos capaces de reconocer, en las palabras forjadas por escritores de genio, nuestros avatares y nuestros sueños; de encontrar, en un texto ajeno, esa biografía que buscaba Tatiana en los libros de su amado ausente. Esas son las calidades endémicas de todo ser humano que tan a menudo las autoridades, para proteger sus privilegios, intentan debilitar o destruir. Una sociedad de consumo no puede subsistir sin consumidores. Y para ser un buen consumidor, se debe aprender a no reflexionar, a no leer en un sentido creativo y profundo.

Todo lector, por lo general de niño, hace un descubrimiento fundamental: que el lobo que amenaza a Caperucita es y no es una bestia feroz y real, que Caperucita es y no es espejo de ese lector que la sigue a través de la página, que el leñador que rescata a la niña es y no es una promesa de redención y epifanía. Ese entendimiento doble del mundo, ese

descubrimiento de que la inteligencia y la imaginación de cada uno de nosotros son los instrumentos más exactos para desentrañar el misterio que nos rodea, esa revelación que nos es dada a través de palabras que narran una historia inventada pero que sabemos nuestra, concreta y verdadera, eso es algo que sólo los libros, mágicamente, pueden darnos. Aceptar o no ese don depende de nosotros, como depende de nosotros morir ahogados en la estupidez que nos acecha o sobrevivir iluminados en el mundo.

Pero las buenas intenciones de los maestros no bastan. Ninguna sociedad humana está exenta de injusticia, y un lector debe aprender a leer entre las líneas de las historias oficiales que su sociedad le propone. Los muchos siglos de nuestra historia han tratado de acostumbrarnos a la idea de que el sufrimiento ajeno es necesario para consolidar una nación y otorgarle tierras y fama: la caída de Troya para Grecia, el genocidio de Cartago para los romanos. Muchas de las sociedades del planeta fueron fundadas sobre horrendas injusticias más o menos olvidadas. En las Américas, con la enarbolada excusa de una guerra de independencia o de conquista, estas infamias fueron dirigidas hacia los pueblos aborígenes, estableciendo así desde la fundación de nuestras primeras ciudades el principio de desigualdad y el abuso de poder.

Otro de los deberes de un lector es ser precavido. El estado de terror que crea todo régimen dictatorial es siempre, en última instancia, una ocurrencia inesperada. Casi nadie, en las décadas que precedieron el nazismo en Alemania y el fascismo en Italia, pudo prever la magnitud de sus actos criminales, e incluso en países en los que los dictadores no son desconocidos, el hecho de que tales abominaciones puedan ocurrir "en casa," aquí y ahora, parece, en la tranquilidad de las vísperas, algo prodi-

giosamente imposible. A pesar de las lecciones de la historia, todo país que se define como democrático (rótulo casi siempre discutible) cree ser invulnerable a los grandes abusos del poder. Y todo país se equivoca. Ningún país, por más arraigado que esté su contrato social y su sistema de leyes, está absolutamente a salvo de la corrupción y de la violencia estatal. Con la excusa de proteger a sus ciudadanos, de mejor gobernarlos y mejor dirigirlos, el poder de un estado supuestamente democrático puede discretamente reformar una ley, suspender un derecho, imponer una censura, para luego promulgar medidas de represión que, paso a paso, eliminarán las reglas constitucionales e instalarán en su lugar el régimen dictatorial. No existen garantías de seguridad para ningún país, nunca, en ningún momento. Cada mañana corremos el peligro de perder nuestros derechos por la tarde; cada tarde, de perderlos a la mañana siguiente. Es por eso que los maestros deben enseñar, o deberían enseñar, que una de las obligaciones esenciales de todo ciudadano es la de permanecer alerta, y no aceptar la más mínima transgresión gubernamental, el más mínimo abuso de poder. Otra obligación es la de testimoniar.

Los horrores de la historia, no sólo nacional sino mundial, necesitan ser contados para que no resulten impunes. Pero esa narración, a pesar de nuestro deseo de verdad, no puede venir de los culpables. Los culpables pueden confesar, pueden acusarse a sí mismos, pero no pueden explicarse. La violencia voluntaria hacia los otros, el deseo de infligir deliberadamente dolor a otra criatura, el regocijo en el sufrimiento ajeno, son todos actos que carecen de argumento. El victimario renuncia al derecho de la palabra en favor de la víctima. Sólo la víctima puede contar lo ocurrido. Eso también deben enseñarlo los maestros.

¿Cómo explicar esa falta de voz en el victimario? Es como si el culpable de actos atroces no supiese o no pudiese poner en palabras los espantos cometidos. Podemos contar un hecho atroz en todos sus sangrientos detalles, podemos describir el correspondiente atroz castigo, pero decir cómo y por qué se cometió algo absolutamente infame parece imposible. Una cierta pornografía de la violencia autoriza ciertas escenas en Homero y en Shakespeare, y en Esteban Echeverría, como así también en los escritos supuestamente eróticos del Marqués de Sade --escenas que después resultan justificadas en un contexto literario y filosófico. Pero la anatomía de esos actos, contadas por los culpables en la primera persona del singular, parece carecer de vocabulario. Hay actos tan terribles que sus ejecutores sólo pueden decir "yo hice esto" (lo cual ya es mucho) pero nunca "fue por sentir de tal manera, pensando estos propósitos, razonando así que lo hice".

Alejandra Pizarnik, en una reseña de la vida de la espantosa condesa húngara Erzébeth Báthory, conocida como la "Condesa sangrienta", quien se entretenía torturando muchachas en su castillo, se preguntó en qué podía pensar cuando regresaba a su dormitorio desde la sala de torturas, para cambiarse el vestido empapado de sangre. La pregunta de Pizarnik resuena implacablemente en nuestras conciencias, ayer y hoy. ¿En qué sueñan los torturadores cuando se retiran de su lugar de trabajo, vuelven a sus casas, abrazan a sus hijos, se miran en el espejo por las mañanas? ¿Recuerdan las acciones del día, las reviven, se regodean en ellas, las juzgan? El lícito suponer que si lo hacen, es a través de imágenes, de sensaciones físicas, de recuerdos instantáneos, puesto que los sentimientos, las ideas y los razonamientos que a tales recuerdos corresponden se hallan fuera de los límites de lo que las palabras pueden nombrar. La crueldad es áfona.

Es por esto, por esta inevitable falta de testimonio de los torturadores y asesinos, que la crónica de las víctimas que vienen a buscar refugio --anteayer las víctimas de la Shoa en Europa, ayer de la dictadura militar en nuestro país, hoy los refugiados sirios-- resulta imprescindible. Crónica valiente, responsable, honesta, desgarradora ciertamente, esclarecedora y recordatoria, pero por sobre todo necesaria. La memoria cívica es siempre pobre: confiamos en monumentos y en la discreción de los manuales de historia para recordar los hechos fundamentales, tanto positivos como atroces, que definen nuestra identidad nacional. Las piedras y las cifras no bastan nunca. Necesitamos el testimonio personal, la narración de los protagonistas voluntarios e involuntarios, la palabra de quien estuvo en el infierno y regresa para contarnos esa parte de nuestra experiencia común, nacional, que nos duele confrontar pero que sigue viva en nuestras pesadillas. Necesitamos que las víctimas nos cuenten lo que pasó para que podamos reconocerlo y condenarlo, y hacer todo lo posible para que no vuelva a pasar.

Y quiero aquí agradecer públicamente a mis maestros del Colegio Nacional de Buenos Aires quienes me enseñaron todo esto que acabo de compartir con ustedes. Ojalá que, dondequiera que estén, me aprueben.

Alberto Manguel